

REVISTA DE TEATROS,

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 337.

MADRID 6 DE DICIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



DON CRISTÓBAL.

LA VENGANZA DE LOS FINADOS.

II.

LA CASA AISLADA.

Don Sebastian, amigo de infancia y confidente de don Cristóbal, habitaba con su familia en un antiguo castillo, situado en una de las gargantas de la Montaña Negra. Allí es donde don Cristóbal le había preparado un asilo á Leonor, y contaba con tenerla allí oculta hasta que lograra apaciguar la ira del arzobispo, haciéndole que consintiese en el casamiento de su sobrina. Todo se hallaba dispuesto en casa de don Sebastian para recibir á los fugitivos amantes: amos y criados prestaban atento oído: todo en vano. Trascurrió la noche y vino la aurora sin que don Cristóbal ni de Leonor supiesen cosa alguna. Al principio se inquietaron, mas despues creyeron que alguna circunstancia imprevista les habria hecho diferir la empresa.

La verdad es que entre las sombras de aquella noche espesa y tempestuosa, don Cristóbal se habia equivocado de camino, empeñándose en otro desfiladero de la montaña. Anduvo al galope mucho tiempo sin reconocer su yerro, y cuando lo descubrió era ya imposible remediarlo. Al apuntar el dia hallaron algunas miserables cabañas de cabreros: allí durmió Leonor algunas horas, recobró sus fuerzas harto debilitadas por la fatiga del camino y la necesidad de alimento. Habiéndose informado don Cristóbal de cual

era el pueblo mas cercano, le respondieron que era la colonia de la Carlota, distante solo algunas leguas. A fin de evitar ambos amantes el calor excesivo se decidieron á pasar una parte del dia entre los rústicos huéspedes, cuya franqueza y sencillez les agradaban infinito. El primogénito de aquellas gentes tenia una hermosa voz: pasóse el tiempo agradablemente entre cantar y hablar. A eso de las cuatro volvieron los viajeros á ponerse en camino con mucho descanso, provistos de cuanto los cabreros habian podido suministrarles, y no sin sentimiento por abandonar tan pronto á los nuevos amigos.

Caminaron por el fondo de una estrecha garganta, siguiendo una senda tan mal trazada que á lo mejor desaparecia entre la yerba y los matorrales. Inmensos árboles seculares se doblaban sobre sus cabezas protegiéndoles de los ardores del sol: á cada instante podian refrigerarse en la límpida é impetuosa corriente que descendia de lo alto de la montaña, y respiraban con delicia el aire impregnado de aromas de flores que desvanecian la vista como ramilletes de oro prendi los en ricos tallos de esmeralda.

Hablaban de su amor, de la esperanza de ablandar al arzobispo, y del temor de no alcanzarle. Si tal sucedia era la voluntad de Leonor vivir en aquel valle perdido en compañía de los cabreros, y husear un refugio contra el mundo en la naturaleza. Don Cristóbal se sonreia adhiriéndose gustoso á su idea, como hombre para quien la poesia de la juventud comienza á retirarse ante las realidades de la experiencia. Despues Leonor pensaba en el incendio del convento y en las desgracias que de él habrian resultado, y lloraba y se daba golpes de pecho. Inútilmente procuraba consolarla don Cristóbal, diciéndola que el jardinero habria impedido las consecuencias de

aquella catástrofe; y que las monjas no habrian pasado sino un poco de susto, y la pérdida de algunos muebles de escaso precio.

(Continuará.)



UNA NOCHE EN EL TEATRO.

ANÉCDOTA.

Multiplicados braves se oyeron al levantarse el telon, dirigidos sin duda á la actriz, porque la comedia que se representaba era de mediano mérito. ¡Pero cuán bella y hechicera se presentó en escena! ¡Con cuánta gracia cantó!

Finalizado el primer acto cayó el telón en medio de repetidos aplausos. Acababa yo de dejar la luneta para salirla al encuentro, cuando ella entró en el vestuario.

— Habéis representado y cantado con expresión y melodía, con gusto sin igual, la dije, apretándola la mano.

Tan sencillo cumplimento solo obtuvo por respuesta una mirada desdeñosa. Se le volvió á repetir, añadiendo:

— Que poco amable estais esta noche.

— ¡Cómo! Quereis que me envezece por un cumplimento lisonjero, cuando los aplausos que acabais de oír me son indiferentes?

— Indiferentes! exclamé. ¡Cómo! no agradeceis al público la predilección que os demuestra?

— No.

— Pues qué no os gusta el teatro?

— Ciertamente.

— Y sin embargo estais en él?

— Y qué he de hacer?

Un súbito pensamiento turbó su imaginación al pronunciar estas palabras: de pie delante de la chimenea se entretenía distraída en deshojar un ramo de flores que se hallaba sobre un velador, cuando sentándose repentinamente, me dijo con afectada alegría

— Dejemos eso, porque me siento indispueta, y si hablásemos mas me veria obligada tal vez á suspender la representación.

— Sois una muger singular! No es todo inconsistencia en vos. Desearia, sin embargo, saber lo que pensais.

— Para escribirlo?

— Y por qué no?

— Yo os lo permito.

— Poco antes es necesario me digais vuestro pensamiento, porque en el largo tiempo que hace que os trato jamas he podido penetrarlo: en el dia me parece mas difícil que nunca.

— Así lo creo: ¿imagináis que hay muchos que lo sepan?

— No en verdad.

— Tomaos la molestia de pasar mañana por mi casa y os contaré con brevedad mi historia; pero para que así sea os exijo antes un favor. — Ahora cuando yo salga á la escena, ireis á sentaros al lado de un caballero que tiene su luneta en primera fila... cuyas señas son: pelo castaño, bigote, alto; y que lleva gabán con frac azul debajo. — Le hablareis con cualquier pretexto de mi.

— Pero ese caballero, la repliqué, llevará tal vez á mal...

— Que importa! Preguntadle mi nombre, si le gusta mi voz, mi modo de declamar, si soy bella, en fin, otras cosas mas que si fuese yo no me faltaria que preguntarle.

— Lo creo, mas no puedo colocarme en vuestro lugar.

— Pues bien, dijo ella, si no teneis que contarme mañana, yo tampoco os cumpliré mi promesa.

— Y podré volver á vuestro lado concluida la representación?

— No, entonces serán mas de las diez y alguno me esperará. Mañana ireis á la una. Adios.

— Volvime, pues, á mi asiento. Levantado el telón me fué fácil reconocer mi personaje, porque la cantatriz con las miradas fijas en él, y olvidando á todo el público, parecia que solo cantaba por él, quien frío y silencioso no añadía un aplauso siquiera á tantos como á porfia se esmeraban en aplaudir, antes bien indiferente á sus obsequios, parecia despreciarla.

Estaba próximo á concluirse el segundo acto y era necesario cumplir la promesa. Me aproveché de un estrepitoso aplauso, y pregunté á mi vecino con aire de curiosidad:

— Sabéis, caballero, el nombre de esa linda cantarina?

Me miró de arriba abajo y pronunció el nombre de Luisa con notable acento de impaciencia.

— Es hechicera, continué yo, pero me parece que hace poco tiempo que canta aquí.

Nada respondió mi compañero; y aun á riesgo de hacer el papel de un provinciano, me decidí á renovar mi pregunta en términos que no le dejaban al evasivo.

— No sé amigo, me contestó, dejando entrever su gran deseo de no continuar por mas tiempo la

conversación. Mas sin embargo, esta respuesta era poco satisfactoria para presentarla como fruto de mi embajada, á pesar de que su silencio valia mas que cuantas respuestas pudiera haberme dado. Se acabó la representación del drama, y yo me marché á mi casa.

A la una de la mañana siguiente me presenté en casa de la actriz.

— Dadme cuenta de vuestro coloquio, dijo ella al verme.

— Nada tengo que deciros sino que estais olvidada.

— Lo habeis comprendido perfectamente, me contestó.

Yo me sonrei y continué.

— El piensa en vos, os recuerda solo como un ensueño. No os aplaudió, es verdad, porque sabia que le estabais viendo. Despues procuré, aunque en vano, leer en sus miradas, descifrar sus menores ademanes, las mas sencillas expresiones de su rostro, y no pude ballar en él ni aun el mas pequeño vestigio de vuestro pasado amor. Ya no ama.

— Por desgracia, lo sé.

— Ahora, la dije, me contareis vuestra historia.

— Ya sabeis la conclusion, me contestó con un profundo suspiro y no atino como comenzar, porque todos los sucesos han pasado sin que yo tuviese el menor antecedente de ellos. Pero vais á escuchar una novela, y vos mismo os admirareis del como ha podido vivir tan inocente, en medio de tanta corrupción, la muger que os habla.

Habitábamos una casa de la calle de... que tenia dos de sus fachadas á un patio; de suerte que nuestras ventanas daban frente á una habitacion en la que vivia un jóven desconocido. En mas de un año que fuimos vecinos jamas nos tratamos bajo pretexto de ninguna clase. Cuando yo me ponía á hacer labor á mi balcón él á pintar al suyo; cuando yo cantaba, él acompañaba tambien, por esto solia decirme mi madre: Luisa: éntrate, hija mia: yo la obedecia: ay! cuánto cariño profesaba yo á mi madre!...

Un dia, víspera de fiesta, recibí un ramo de rosas blancas. Tenia atado al pie un estuche pequeño que contenia dentro una cruzcita de oro, y un billete sin firma, que decia: *La amistad á la bella Luisa.*

Al abrir la caja no pude contener mi sorpresa y lancé un grito.

— Sémas reservada, me dijo mi madre: tú tienes la culpa de esto, porque has llamado la atencion del pintor que estamos viendo frente de nosotras.

Alcé los ojos para mirarle, pero ya se retiraba del balcón. Un repentino pensamiento de amargura se mezcló á la sorpresa que habia producido en mí tan inesperada respuesta. ¿Quién pudiera hacerme este obsequio? nadie conocia que hubiese fijado su atencion en mí. El recuerdo de Enrique se presentó á mi memoria como un vago fantasma.

Nada dije á mi madre, que se perdia en vanas conjeturas.

— Como era devota consintió en dejarme esta alhaja diciéndome que la mandase bendecir en la iglesia próxima. Cuidaba yo el ramo de flores con un interés vago, indeterminado, y cuando sentia agitarse las cortinas, crujir la falleba ó temblar los vidrios, se apoderaba de mí tambien la mayor agitacion.

— Jamas olvidaré todo esto, dijo Luisa cubriéndose los ojos con las manos en ademán de llorar. — No pudiendo saber de quien provendria aquel regalo, llegamos á creer, que seria tal vez efecto de una equivocacion. ¿Pero cómo averiguar la verdad? Llegó un dia en que mi madre mostró tanta severidad conmigo, que comencé á llorar cual si me hubiese sucedido la mayor desgracia, solo porque no me permitia retratarme de cuerpo entero.

— Mi destino, mi porvenir pendia de esta negativa. Si nos hubiésemos tratado con mas familiaridad ya no seria ahora actriz. El me hubiera comunicado sus pensamientos, hubiera sabido sobre todo que yo tambien le amaba.

Al invierno siguiente cayó enferma mi pobre madre: jóven y sin amparo ni recursos de ninguna clase se podéis imaginaros cuantas desgracias me cercaban, siendo todos mis parientes pobres y no hallándose ademas los amigos de mi madre en estado de socorrernos. Yo la asistia lo mejor que me era posible.

Estaba llorando, una tarde al anochecer, junto á

su lecho, cuando sentí llamar á la puerta: quedé sobrecogida de miedo sin atreverme á levantar de mi silla ni á responder. Pocos instantes despues alzaron el pieaporte, y entró una persona: era Enrique. ¿Qué quereis, caballero? le pregunté con sobresalto.

— Nada, señorita, sino ofréerme á vuestro servicio, porque compadezco vuestra soledad. Si teneis necesidad de alguna cosa, os suplico me hagais el obsequio de pedírmela.

Estas últimas palabras me reanimaron: semejante oferta la hubiera yo reusado de cualquiera otro que me la hubiera hecho... sin embargo la acepté de él.

— ¿Cómo está su mamá? me preguntó con interés, dejando su sombrero sobre una mesa.

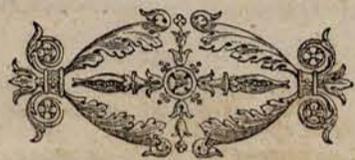
— Muy mala, le contesté. Sin embargo, me parece que ahora está mas sosegada, con el narcótico que le ha recetado el médico: cada vez que tengo que darla esta bebida me sobresalto, porque como no tengo reloj, temo equivocarme la hora.

Salió Enrique y volvió á poco rato trayendo el suyo, que colgó sin decir palabra, al lado del crucifijo que tenia yo á la cabecera de mi cama.

Le dí gracias profundamente conmovida: su interés revelaba un buen corazón. Quedóse conmigo solo un momento, pensativo, inquieto: despues se marchó. Cuando me vi sola comencé á sondear de mi pecho los motivos de mi turbacion á la vista de aquel hombre, y porque en los instantes de dolor cuando se presentó por primera vez á mis ojos mi corazón le acogió con amor. ¡Y en pago de tanto cariño no recibo de él ni una expresion amorosa!... solo fria amistad.

A la mañana siguiente volvió: supo lo que el médico habia recetado y él mismo lo trajo. Mi pobre madre habia perdido ya el sentido, y murió sin poderle dar gracias por tantos beneficios.

(Concluirá)



TEATROS.

Cruz.

A las siete de la noche: La loa á S. M. que tanto ha agradado por su relevante mérito escrita por don José Zorrilla con el título de: LA OLIVA Y EL LAUREL. Seguirá la comedia nueva, en cuatro actos, original de los señores Doncel y Valladares, titulada: LAS TRAVESURAS DE JUANA. Terminará con baile nacional.

Príncipe.

A las 7 de la noche. La comedia en cuatro actos original de don Tomas Rodriguez Rubi, titulada: LA RUEDA DE LA FORTUNA. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

Circo.

A las siete y media de la noche. A petición de algunos señores se vuelve á reproducir el baile en dos actos GISELA O LAS WILIS, en el que la señora Gay Stephan desempeñará el primer papel.

IMPRESA DE BOIX.